

tes al desnudo. Trueca en baladí a lo trascendental y reviste de insólita trascendencia a lo baladí en "Principio y fin de las cosas" y en la "Glosa total del baile", de donde copiamos estas líneas, que son, en nuestro sentir, la razón de existencia del libro. "... Si la perfección de un deporte depende del grado de su inutilidad, es seguro que los deportes más perfectos son el baile y la filosofía. Gira el bailarín sobre sí mismo como gira el filósofo, sin que sus movimientos le conduzcan a ninguna parte. El baile realiza así en el terreno de lo material lo que la filosofía en el terreno de lo espiritual..." Explota eficazmente lo grotesco. "El doctor Virgham, que estudió durante quince años la estética de la camisa, sostiene que debe entenderse por ropa interior toda la ropa que no es exterior" ("De la Ropa Interior"). ¿No es esta, acaso, una caricatura bien realizada de los eruditos y de la erudición? Satiriza ingeniosamente en "La muerte del hombre discreto" algunas de nuestras costumbres, y a veces, pocas veces gracias a Dios, descende a la más lamentable mediocridad en artículos como "Un poeta", cuya inserción en el volumen no alcanzamos a romper. En "El imperio de la noche" nos ofrece una página amarga — no menos estimable por eso — que parece arrancada del "Glosario".

Por cuanto al estilo de "Baile y Filosofía", dijimos más arriba que denotaba un progreso sobre el de la anterior obra de Gache. En efecto, elegante, castizo, sólido, juguetón por veces, musical y propio siempre, no produce la impresión de inseguridad cual en el "Glosario", donde había trozos, como "Las modistitas y su poeta", que parecían de Azorín, y otros que no se decidían a ser ni de éste ni del mismo señor Gache.

En resumen, "Baile y Filosofía" es una obra que proporciona un rato de excelente lectura, y su autor, un humorista de talento que enriquecerá nuestro acervo literario.

AREVIR.

*Luis Mallol.* — EL TRIUNFO DEL DOLOR (versos). — Bs. Aires. 1922.

Definiendo en cuatro palabras el carácter paupérrimo de aquella justa poética que en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao Kostka tuvo lugar en Murcia dos siglos ha, dijo D. Leopoldo Augusto de Cueto: "No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía". Pues este libro del señor Mallol nos arranca una expresión de análoga estructura: "Aquí no falta un versificador; lo que falta es un poeta". Sus rimas, en efecto, nos dan a conocer un versificador; aún más, un buen versificador. Estos versos que acabamos de leer, como versos, no son objetables: demuestra su autor que conoce la técnica, que sabe dominarla, que tal vez pueda jugar con ella. Pero...

Estos versos que acabamos de leer, como poesías, no consiguen sugerirnos iguales optimistas afirmaciones. Hay en ellos una ausencia casi total de espontaneidad, de inspiración, de vida interior, de vuelo írico. Son como un bello cuerpo sin alma. O mejor, como una impecable escultura, tallada por mano maestra, si se quiere, y, si se quiere también, una escultura que "parece que habla", para valernos de un lugar común. Pero nada más que eso: parece. Se descubre en cada uno de estos versos algo así como un aliento de pueril entusiasmo, una ingenuidad que agrada, que por momentos se vuelve simpática. Dijérase que el señor Mallol es un adolescente que rompe sus primera lanzas... y que promete. He aquí lo asombroso: que promete. Y es asombroso porque, según creemos, ha de seguir prometiéndolo y nunca dejará de prometer; nada más que prometer. Sinceramente, quisiéramos equivocarnos; pero, enterándonos de que el libro que comentamos es el cuarto de versos que su autor publica, no podemos ya pensar en el atenuante aquel de las primeras lanzas...